

Los muertos que vos matasteis

Jaime Collyer. LN 31 de diciembre de 2006

El “apagón cultural” fue la consecuencia lógica y más obvia del procedimiento en cuestión. Las cifras de la UNESCO se ocuparon luego de calcular sus frutos concretos, estimando que en los primeros dos, tres años de la dictadura, la cifra de nuevos títulos publicados en el país decayó a la mitad o incluso menos, y que nunca más volvió a repuntar o alcanzar los índices precedentes, sino hasta que vino la transición.



En los días inmediatamente posteriores al golpe, ésos en que andaba uno enterrando en el patio –con cierto fatalismo implícito pero muy justificado– sus libros de Marta Harnecker y, por si acaso, los manuales acerca del “Cubismo” pictórico, me topé entre esos materiales con un ejemplar de la vieja revista “Sucesos” sobre La Guerra Civil Española. Por unos días detuve la maniobra de enterramiento y me instalé a leerlo. Lo hice de un tirón. Me sorprendió –aunque no debía sorprenderme– la semejanza casi textual entre los discursos del alzamiento franquista contra la República y los de los primates uniformados que ahora persistían en la televisión, vociferando sus propias razones para la sublevación que acababan de imponernos, con las dificultades sintácticas que todos los conocimos durante años. Era evidente que parte de esos bandos iniciales habían sido literalmente copiados del inspirador franquista. En ambos casos se hablaba del “deber moral” de “salvar a la patria del marxismo ateo” y refundar desde sus cimientos “nuestra tradición cristiana y occidental”. En lugar destacado asomaba, entre los próceres franquistas, la figura grotesca del general Millán Astray, el mismo que se confrontó con Unamuno en la Universidad de Salamanca y proclamó su conocido “¡Viva la muerte!”. Ese que afirmaba con sorna que, siempre que oía la palabra cultura, echaba mano a su revólver.

La cruzada pinochetista siguió a su vez, y al dedillo, esta doctrina tan elocuente de Millán Astray, perfeccionándola a su manera. Bien documentado está el caso del arrasamiento masivo de las tiradas dejadas a su paso por la Editorial Quimantú, que fueron enviadas a una conocida empresa manufacturera de papeles y cartones

para ser oportunamente trituradas y convertidas en papel de envolver, el llamado “papel cebra”, así rotulado porque venía en estrías bicolors, para su alegre aprovechamiento por el comercio local. Vale decir que, cuando los generales chilenos oían la palabra cultura, o “libro”, echaban mano a algo mejor que su revólver: a las máquinas trituradoras de la empresa aludida.

El “apagón cultural” fue la consecuencia lógica y más obvia del procedimiento en cuestión. Las cifras de la UNESCO se ocuparon luego de calcular sus frutos concretos, estimando que en los primeros dos, tres años de la dictadura, la cifra de nuevos títulos publicados en el país decayó a la mitad o incluso menos, y que nunca más volvió a repuntar o alcanzar los índices precedentes, sino hasta que vino la transición.

Tres fueron, con seguridad, las instancias en que la intelectualidad, el estudiantado de la época, se ocupó para neutralizar ese estado de cosas.

La primera, una etapa coincidente grosso modo con los años del Mamo Contreras y sus secuaces y que podemos rotular como una “estética de la resistencia”. El término es equívoco, puesto que proviene de una novela del alemán Peter Weiss en la cual denunciaba las purgas asociadas al estalinismo, no sólo en lo cultural. En nuestro caso, el término se cargó de una resonancia épica, necesaria, ineludible, y su fruto más tangible fue la serie de publicaciones que proliferaban al interior de las universidades (revistas de poesía y cuento, de debate improvisado y escueto), todas ellas –por razones obvias– anónimas, de circulación gratuita y bajo cuerda, muchas veces alimentadas por los partidos de izquierda en la clandestinidad. A esas publicaciones, había que sumar entidades de naturaleza asamblearia como la Agrupación Cultural Universitaria, la Unión de Escritores Jóvenes y otras instancias propiciadoras del debate en la época.

La segunda opción fue, desde luego, el teatro, que evidenció por sí mismo una vocación aglutinadora y a la vez asamblearia, de convocatoria de la intelectualidad opuesta a la barbarie reinante. Desde el Ictus en su sala habitual, hasta nombres como Juan Radrigán, Raúl Osorio, Ramón Griffiero y un largo etcétera de omisiones que siempre resultan injustas, el teatro consiguió mantener, por así decirlo, en alto el espíritu de resistencia. Curiosa coincidencia con lo que sucedió a la vez en Francia bajo la ocupación alemana, donde el teatro de Sartre, por citar un solo caso, germinó para suscitar el mismo nivel de inquietud y debate que el teatro criollo provocaba entonces. Se cuenta que en la época hubo, cuando ya la DINA había sido cosmetizada por la CNI, una carta del director de este nuevo organismo en la cual explicaba la razón por la cual el régimen toleraba la actividad tan efervescente del teatro. Aludía a su carácter “elitista”, a una instancia que llegaba sólo a unos pocos, y esos pocos eran desde ya opositores al régimen, así que no era tanto el daño al status quo, más costoso resultaba reprimirlo. Evidentemente, la doctrina hacía excepciones, como quedó bien probado cuando los pirómanos oficiales incendiaron una noche la carpa donde se daban las “Hojas de Parra”, del siempre activo Don Nica. Elitista o no, había ciertos límites que, al parecer, no era razonable tolerar. En la misma vena asamblearia cabe mencionar desde luego a la Nueva Canción Chilena, fenómeno que heredó del Canto Nuevo su impronta y su temática identificada con el universo popular o marginal urbano.

La tercera opción atañe a los talleres literarios de variada índole, donde germinó un poco a hurtadillas la narrativa que, al sobrevenir la transición, habría de saltar a la palestra. El exilio se vivió de otro modo y fue, desde luego, cuento aparte. Dos generaciones de escritores habían sido o bien inducidas a permanecer en el extranjero (el caso de Donoso, Edwards, Giaconi), o bien expulsadas directamente del país (el caso de Dorfman y sus coetáneos). Su labor hubo de madurar, y desde

luego proliferar, en los países donde se había afincado, con las desventajas que ello supuso (desconexión con el público local, fragmentación geográfica), pero también sus ventajas (ediciones masivas y bien difundidas, temáticas que versatilizaron el drama del golpe militar y dejaron de vivirlo como una “llantina” perpetua y entre las alambradas de Tejas Verdes o Tres Álamos). A la par de la narrativa, proliferaba en casa la poesía (de un Lihn, un Rojas, un Teillier aún muy activo, la de nuevos cultores como Llanos y Montealegre), con mejor suerte que la de los ficcionadores, menos reprimida y censurada, quizá por la mayor abstracción consustancial al género poético, que hacía difícil, para los émulos criollos de Millán Astray, descifrar cabalmente las metáforas cuando iban en su contra.

Dentro del segmento del exilio, cabe mencionar por último al cine, enfocado inicialmente a una estrategia de denuncia y plasmación de lo que había sido el golpe militar y sus consecuencias. Si bien hubo aquí, en muchas de sus producciones financiadas en el extranjero, cierto panfletarismo a ratos flagrante, que hoy resulta incluso caricaturesco (piénsese, por ejemplo, en una imagen de la época donde se veía a Allende cayendo al piso en La Moneda con música de fondo de Astor Piazzolla), el valor testimonial de piezas como “La batalla de Chile” de Patricio Guzmán es insustituible y seguirá siéndolo indefinidamente en las cinescas de todo el mundo. No está demás mencionar, a la vez, la faceta irónica y de claro alejamiento de ese discurso panfletario que ha caracterizado al cine de Raúl Ruiz, posiblemente quien más nítidamente capitalizó a su favor, en términos vivenciales y estéticos, un discurso alternativo a ese que corría el riesgo de eternizarse en la gesta de la derrota.

Viva la muerte, decía el perro de presa franquista, pero la muerte es –pese a su carácter tan definitivo– un proyecto de corto aliento. A la luz de lo ocurrido en el sector editorial, en el teatro y el cine, con la transición, cabría pensar, más bien, que el intento de contener la cultura criolla a pistoletazos o con las máquinas de triturado sólo condujo a la reafirmación de un decir más antiguo que el del abyecto Millán Astray: los muertos que vos matasteis gozan hoy de muy buena salud.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.